

IV domingo de Adviento (21-12-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

En este cuarto domingo que, a su vez, siendo el inicio del nuevo año litúrgico, va a concluir también el año que hemos vivido del jubileo que inició el Papa Francisco - y que este 28 de diciembre será clausurado en todas partes del mundo - se nos ha hablado mucho de la esperanza. Y para que haya esperanza se necesitan personas que sepan representar la esperanza. Igualmente, hoy día el Santo Padre ha escrito una carta para la Jornada Mundial de la Paz que se va a realizar el día primero de enero. Es una extraordinaria carta en donde fundamenta por qué al inicio de su pontificado el Papa León XIV ha dicho que la paz es *desarmada y desarmante*. Y en el texto, que se podrá leer a partir del primero, dice una cosa muy preciosa: la paz existe. La paz existe en las personas que procuran y viven la paz y la irradian con su testimonio.

Digo esto porque una persona de paz es José, que es el personaje principal de este relato de la generación de Jesús en Mateo (1, 18-24). Y lo es porque es el que es más afectado por la situación. María sale en cinta (sabemos todos, como creyentes, que es por obra del Espíritu Santo), pero José no lo sabía y, simultáneamente, tiene una especie de crisis. Lo imaginamos, a todos nos puede pasar una cosa parecida. Y por eso es que en esta primera actitud de José se ve el ser un hombre pacífico y un hombre de esperanza, un testigo de la esperanza y de la paz.

Dice que **José era justo**. Esto es muy importante porque, en la historia de Israel, se le llama “los justos” a un sector muy concreto de herederos de David que fueron expulsados de la dirección política y fueron perseguidos junto con los profetas durante siglos. Por eso es que, si ustedes leen la Biblia, hay toda una parte en donde ya no aparecen los profetas. A partir del período del libro de Esdras en adelante no hay profetas. Recién aparecen otra vez en el período de Roma, con Juan como profeta. Sucede que había personas que sí seguían siendo creyentes, profundamente creyentes, en la tradición del Dios que se acerca, la tradición de David que, evidentemente, habían sido derrocados y enviados prácticamente al exilio. Sin embargo, en el margen de la vida de Israel, mantuvieron esa fe y cultivaron las dimensiones más profundas del amor de Dios. Y “los justos”, entonces, son estas personas que, justamente, porque esperan siempre del Señor y creen en Él, son también esperanza. Y tranquilamente José hubiera podido difamar a María o decir a todo el mundo: “¡miren lo que me ha hecho!”.

Eso nos pasa a muchos desesperados que tenemos todavía muchas herencias de una mentalidad de encono, de desesperación, que es la que en este momento está pululando otra vez en el mundo. La habíamos calmado un poquito después de la Segunda Guerra Mundial con los acuerdos, el proyecto democrático, la paz y tantas cosas que han sido bastante buenas en los últimos años, pero que, simultáneamente, como a veces no tiene resultado porque son muy costosas de hacer, perdemos la paciencia y empezamos a hacer lo que se está haciendo en este mundo: un negociado para la guerra y querer conseguir la

paz por medio de la guerra, que es justamente lo que denuncia el Santo Padre en su carta. Pues aquí es igual.

Aquí, habiendo un mundo en donde la gente estaba acostumbrada en Israel al cumplimiento de la ley, ustedes saben que, por lo que había pasado con María, es decir, salir encinta estando prometida, había una pena en la ley que era el apedreamiento. A la persona que había, como lo que decimos en criollo, le “había sacado la vuelta”, con un hijo peor, entonces, tenía que salir a la calle y se le tenía que apedrear. Y José es un hombre delicado que, en primer lugar, la ama de verdad y quiere comprender y abre su corazón porque no quiere difamarla ni repudiarla, sino que la ama de verdad. Y claro, en medio de eso estaba ocurriendo una cosa mucho más profunda. De allí que es muy importante cómo estar dispuesto a comprender las cosas antes de irse por la primera reacción.

Qué importante es esto. Les digo esto porque estamos en una época en que todo el mundo se apura a reacciones inmediatas y cada vez se “mete más la pata”. Y este texto es justamente un ejemplo de cómo podemos hacer para “no meter la pata”: comprender las cosas. Y comprender, evidentemente, cultivando en nosotros los sentimientos más nobles. Si amamos a una persona que de repente, pues, ha hecho algo malo, pues espera tranquilamente, vamos a ver por dónde se puede solucionar el problema, pero se hace una reflexión.

El mundo actual nos exhorta rápidamente a reaccionar porque todo es inmediato, todo, “¡ahorita!”. Nos estamos viendo por las redes, nos vemos “en tiempo real”, como se llama ahora. Y el “tiempo real” nos está haciendo mucho daño porque necesitamos paciencia para entender todo el

complejo mundo que estamos viviendo. Y, sobre todo, las reacciones de muchas personas que, a veces, pueden tener reacciones inmediatas, pero que requieren de nuestra parte un mínimo de comprensión y, por lo tanto, tenemos que aprender a comprender a esperar y, con ello, generar esperanza y pacificar.

En ese texto, entonces, se le aparece, en esta crisis que tiene José, un ángel, una inspiración del Señor que le explica que no tema de acoger a María, su mujer, porque se ha realizado una **promesa histórica** que tiene dos formas: tiene la forma que hemos leído antes, en el profeta Isaías (7, 10-14), y la forma de Natán, que ya en los inicios del reino de David, le prometió que, de su propia familia, saldría el Salvador. Y, de hecho, Jesús es hijo de David, viene de la tradición de David. Y es importante porque no es una tradición de reyes sobrados, de reyes que se creen de palacio. La dinastía de David, como es una dinastía derrotada, ya en el tiempo de Jesús está súper derrotada. No significaba nada. Solamente estaba en los pequeños de Israel, en las personas marginadas de Israel.

Antes se hacía reflexión a estos justos con el nombre de *anawim*. *Anawim* significa los *pobres de Yahvé*. Y, hoy día, se sigue investigando y profundizando que de ellos viene la fe cristiana, de ese sector que supo durante siglos meditar y profundizar la hondura del amor de Dios hecha a partir de los pequeños. Y, por eso, José nos llena de alegría por su comportamiento, porque recibe a María, se vuelve padre adoptivo, le pone el nombre de Jesús y, además, lo ayuda a poder desarrollar la capacidad de ser Dios con nosotros, que es una cosa muy interesante.

Si hasta el día de hoy nosotros mantenemos esta comprensión de Jesús que no nos abandona es porque, en gran parte, no solo María, José también, pero especialmente como figura paterna, lo acompañó siempre. Huyeron a Egipto, lo mantuvo permanentemente en casa, le enseñaría, pues, tantas cosas de carpintero que sabía; así como María le enseñaría *cómo se cose un remiendo viejo en tela nueva* o viceversa, también le enseñó José, quizás, eso de que *no se pone vino viejo en odres nuevos*, porque si no revienta.

Hay una serie de detalles que nosotros tenemos que aprender a leer en la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, en donde los personajes no hacen las cosas por casualidad. Todo está escrito porque tiene algo que decirnos. Una de las cosas, por ejemplo, más interesantes es estudiar en la Biblia leyendo poquito a poco y no solamente como un gran estudioso, sobre todo, en las comunidades que debemos tener nosotros para leer la Biblia y ver qué cosa quiere decir y decir cada uno lo que siente que en ese texto hay. Hay muchas cosas que María enseñó a Jesús que podemos leer y que no se dicen. *“Miren las flores del campo y las aves del cielo”*. ¿Quién le enseñó eso a Jesús? Probablemente María. O eso de los odres viejos y el vino nuevo, o viceversa.

En la familia aprendemos esas cosas, hermanos y hermanas. Nuestros padres nos han dado tantos detalles que se nos olvidan cuando construimos las cosas más que con lo que ellos nos han dejado, con nuestras presunciones de progresar, de tener mucho dinero, de poseer y de enredarnos en cosas que no valen la pena. Lo que nos han dejado nuestros padres es la misma huella que dejó José en Jesús. Y hoy día le agradecemos porque con él termina

el ciclo del Adviento y vamos directamente a la Navidad, en donde, sin duda, a María es la primera que hay que agradecer porque supo llevar a Jesús en lo más hondo de su ser y nos lo dio enteramente para que todavía la humanidad recuerde que existe la esperanza, y que la esperanza es viva y que la paz también existe y que es cuestión de la acogamos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas. Hoy día nos ha leído la lectura uno de los sacerdotes ordenados recién (lo hemos mandado a estudiar a México), que es el padre Diego Ordóñez, que viene por unos días para pasar con sus papás, pero que es un gran amigo y será un gran sacerdote también. Ya lo es, pero también lo será para toda la diócesis, porque con los curas jóvenes ahora estamos en todo un movimiento de aprender muchas cosas nuevas. Muchísimas gracias, Diego, por venir también, y gracias a todos ustedes.

Permítanme también saludar a mi familia que ha venido hoy día, porque hace un mes murió mi hermana, anterior a mí, la menor de todas, y por eso vamos hoy yo también a rezar por ella.

Muchas gracias a todos y que Dios nos siga educando en su amor y nos dejemos educar por Él como educó a José.

Amén